

El Hombre y su Expresión



RICARDO MASSA

EMERSON dijo, con hondura filosófica y con precisión matemática: "El hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión". El rastro del hombre a través de la historia no es sino una reiterada tentativa de expresarse desde las toscas y primitivas realizaciones del cuaternario (de origen mágico antes que estético) plasmadas en las pinturas rupestres hasta las últimas escuelas de poesía pura, de plástica dinámica o de música concreta. Este ser tan pequeño y tan desamparado que es el hombre, ha fincado quizás su grandeza en su propio desamparo y cuando comprendió que la dimensión de sí mismo no terminaba en su propia piel trató de tender puentes de comunicación con su contorno, para entablar con sus semejantes, el diálogo que realmente diera jerarquía humana, a su acontecer sobre la tierra.

El lenguaje habitual, la palabra, fue un instrumento inicial, lleno de contenido al principio, pero que por imperio del uso y de la comodidad se transformó, con el andar del tiempo, *en un arma*, pero vacía de contenido, un *arma* que se utilizaba porque era eficaz, pero ante la cual ya no se detenía el hombre, analizando la calidad del acero que la formaba, o la mano maestra que la había forjado; la *utilizaba*, simplemente. Pero el contorno del hombre era mucho más extenso de lo que al principio le parecía a él mismo, pues no sólo se extendía hacia afuera, hacia sus semejantes, sino que también se proyectaba hacia adentro, hacia sí mismo, hacia su intimidad; país maravilloso y desconocido hacia el cual el hombre era el único animal que tenía acceso. Los demás animales, no tienen intimidad, pero el hombre puede salir de todo cuanto lo rodea y meterse adentro de sí mismo para pensar un inteligente plan de combate que le permita regresar a la lucha entendiendo al mundo que lo presiona y esgrimiendo la posibilidad de domarlo. Desde ese *adentro*, único e inédito para cada uno el hombre regresa al mundo con distintas *maneras de*

expresión; frente a esta grandeza interior y a esta precariedad de medios ya testimoniaba su angustia, Becquer, cuando decía:

*Yo quisiera escribir demandando
del hombre el rebelde mezquino
idioma,
con palabras que fuesen a un
tiempo
suspiros y risas, colores y notas.*

Desde ese adentro, rico y angustiado, el hombre fue sacando diversas maneras de expresarse a través del prodigio creador de la poesía, la música, la pintura, la danza, la escultura; es decir, toda la gama de las artes temporales y espaciales.

Cuando la palabra se agotó y se vació de contenido en el gastado trajín cotidiano, el Poeta, saltando sobre la peligrosa cuerda floja de la sintaxis, creó la *metáfora*; ver un horizonte o escuchar el ladrido de unos perros, son simples percepciones comunes, al alcance de cualquiera, pero cuando esas percepciones son tamizadas por la sensibilidad de un poeta, se transforman en expresiones de altísima jerarquía estética:

*Un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.*

El límite visual (horizonte) se ha transformado en límite auditivo y la *metáfora*, ha nacido por el camino medular de Federico García Lorca a quien pertenecen los versos citados. Y entonces, para seguir *expresándose*, el hombre recurre a la plástica y crea estatuas estupendas que valen no solamente por su volumen físico sino por todo lo que *expresan* desde adentro de sí mismas.

Largas horas he pasado sentado en la Piazza della Signoria, en Florencia, contemplando el de Cellini o el David Perseo de Miguel Angel, frente al Palazzo Vecchio, y no era sólo la dimensión corpórea de esos colosos del Arte lo que me enamoraba; era la *expresión* de un símbolo: Perseo sosteniendo la cabeza ensangrentada de la Medusa, como un triunfo joven del valor, sobre el asuallamiento del tumor; David como un terminante triunfo adolescente de la inteligencia sobre la fuerza bruta de Goliath; si Perseo hubiera abierto su mano en ese momento y hubiera dejado caer su espada, si David hubiera movido la honda que descansaba sobre su hombro, no me hubiera asombrado, porque ambos eran la *expresión* de una verdad humana traída desde el campo

de la historia —¿o de la leyenda?— y resuelta magistralmente en el territorio de la estética.

He visto en San Pedro de Roma, la "*Pietà*" de Miguel Angel, *expresión* de una verdad estética de hontanares metafísicos; quizás minutos pero que valían por siglos, he contemplado la aparente incongruencia cronológica de esa madre doliente, tantos años más joven que el hijo agonizante que tenía entre sus brazos; quizás porque María es tan joven como la Vida y porque Cristo es tan viejo como el Tiempo.

En Madrid, en el Museo del Prado, he visto en el trasfondo de cuadros inolvidables la *expresión* del paisaje velazqueño, el mismo que algún atardecer he visto realmente desde las afueras de Madrid mirando hacia la Casa de Campo; en el mismo Museo frente a otro cuadro de Velázquez, me he tirado hacia adentro por los ojos del enano don Sebastián de Morra, porque en aquellos ojos estaba la *expresión* de una biografía valedera por todo un libro en donde aquel pobre desdichado contara las angustias de su deformidad física, arrastrada por los corredores palaciegos.

Repito; no es solamente la combinación de algunos colores o la estructuración de algunas formas lo que el hombre ha buscado para expresarse; es algo mucho más misterioso y más sutil, algo que acontece en esa capa intermedia entre la periferia de la obra y su interioridad, en esa capa intermedia a la que tan bien se refiere Hartman; es ese misterio de *expresión* que se realiza quizás, ni en la obra en sí, ni en el contemplador mismo, sino "entre" ambos en ese proceso estético que los alemanes denominaron con una palabra eufónica e intraducible: *Einshulung*, que equivale tanto como a "Inter-penetración-existencial", es decir, diálogo, entendimiento entre el sujeto contemplador y el objeto contemplado.

Y entonces para *expresarse*, el hombre recurre a la arquitectura. La catedral gótica es una oración de piedra, construida anónimamente, como todas las oraciones y cuya dimensión de ojiva está dando, frente a Dios, la solución plástica de las dos manos juntas haciendo un hueco hacia el infinito.

He visto en Barcelona el Templo de la Sagrada Familia de Gaudí, que por supuesto no tiene nada de gótico, pero sí de oración desesperada; una solución plástica en donde el hombre ha querido *expresar* una desesperación alucinante; solamente quien ha recorrido en Barcelona la arquitectura de Gaudí sabe que sale de entre sus paredes como rescatado de una sesión de psicoanálisis. La Sagrada Familia es la expresión cabal de esta angustia en donde el retorcimiento terrestre y el impulso celestial se conjugan de manera asombrosa e inédita.



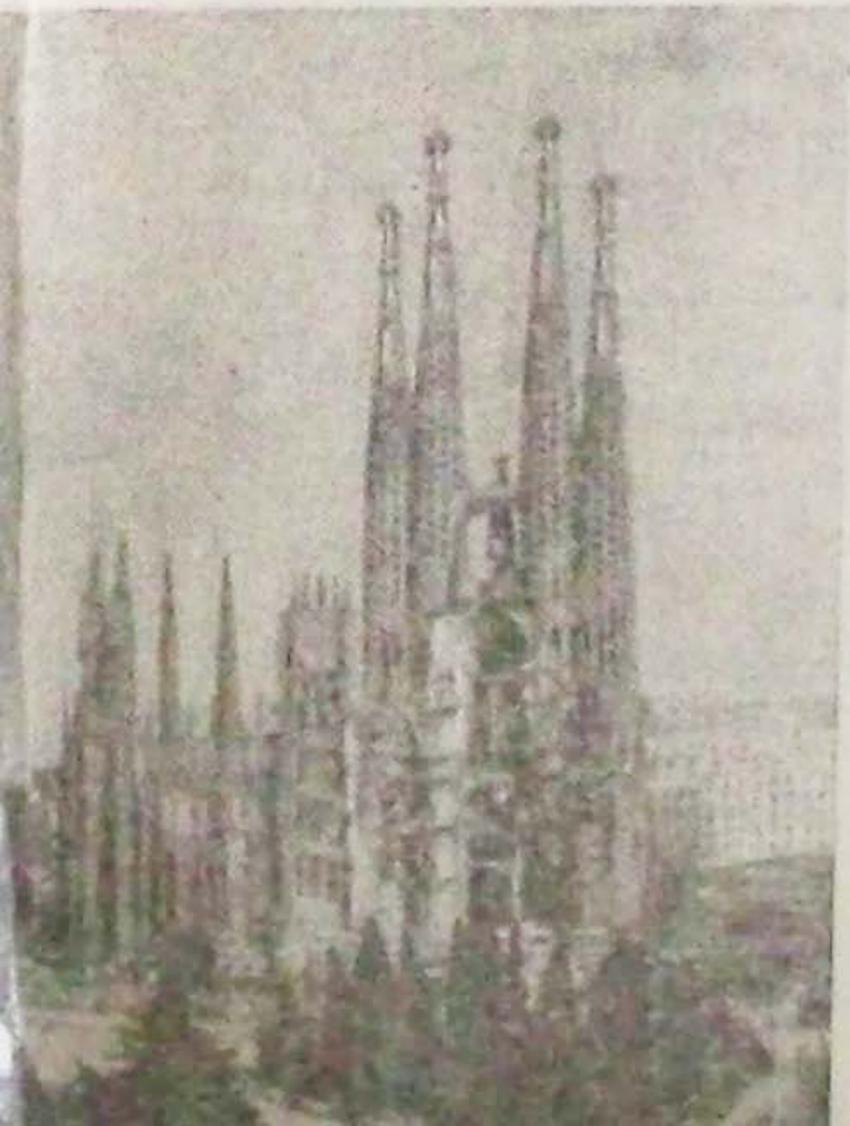
"EL PERSEO",
por Benvenuto Cellini

LA PIETÀ
Miguel Angel





DON SEBASTIÁN DE MORRA
Velázquez



TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA,
por Gaudi (Barcelona)

En los días de escribir este artículo, terminé de leer en un importante rotativo argentino unos versos sobre este Templo que me han emocionado hondamente porque son la acabada *expresión* literaria de aquella otra alucinante *expresión* plástica.

*Con las manos soñó. Y el Templo hizo
Pero lo inescrutable de lo Eterno
Le arrebató en el sueño el Paraíso
Y es un Templo soñado en el Infierno.*

*Potencias lo asistieron. Y era él mismo
Su sueño no soñado, el Templo, en suma,
El vértigo, la altura y el abismo.
Y confundió la piedra con la espuma.*

(Oscar Hermes VILLORDO)

Expresarse. Altísima y dramática tentativa del hombre. Y cuando a través de estas líneas, para testimoniar con ejemplos, he escrito: Yo en Florencia; Yo en Madrid; Yo en Barcelona, no se piense de ninguna manera que es una profesión de fe ególatra; es, simplemente, desde adentro de mí mismo, el deseo de *expresar* un poco, la historia de mi alma.

"Cuanto más vulgar e ignorante es el hombre, menos enigmático, le parece el mundo", gran sabiduría, la de Schopenhauer en esta afirmación. Cuanto más enigmático se presenta el mundo, mayor desesperación y avidez siente el hombre por *expresarlo*, porque lo que el hombre ha buscado, busca y buscará siempre es el acercamiento, por todos los caminos posibles, con sus semejantes.

Es, en última instancia, y como decía Ortega y Gasset, "la tentativa de canjear dos soledades".

"El hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad, es su expresión". Emerson tenía razón.

Que - Es - Lo - Que - Quería - Demostrar.